DR. JAMES HOGG
IN MEMORIAM

Con retraso redacto una deuda, algo que debía haber escrito hace ya varios meses, pero que por mi falta de tiempo me ha sido imposible realizar hasta ahora. Porque en deuda estoy y estaré siempre, a nivel personal y como monje y superior de la Comunidad benedictina de la Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos, hacia el Dr. James Hogg: maestro y amigo en lo personal y bienhechor del monasterio, fallecido el pasado 18 de noviembre de 2018, a los 87 años de edad.



Nacido en Birmingham (Inglaterra) el 10 de marzo de 1931 en una familia anglicana, su padre era jugador de fútbol del equipo de aquella ciudad en la importante Liga Inglesa. Durante sus estudios universitarios en Londres y en Cambridge, con los que obtuvo varios títulos en Filosofía y Letras, y preparando su tesis doctoral en Historia en la Universidad de Friburgo (Suiza), James Lester Hogg penetró en el conocimiento de la Edad Media europea y de la vida monástica, todo lo cual le facilitó el camino de su conversión al catolicismo. La profunda piedad que llenó su corazón le condujo a plantearse seriamente la vocación monástica, pasando por varias experiencias como postulante benedictino, cisterciense y cartujo.

Ingresó finalmente en la cartuja de Sélignac (Francia), donde tomó el blanco hábito de los hijos de San Bruno el 23 de junio de 1961. Llegó a profesar como monje de votos temporales y estuvo también desde el 22 de noviembre de 1965 en la cartuja de Farneta (Toscana, Italia) y por un breve período de alrededor de un mes en la de Aula Dei (Zaragoza). Sin embargo, comprendiendo que su espíritu inquieto no le resultaba apto para una vida de estabilidad como es la monástica y muy singularmente la cartujana, con el consejo y el visto bueno de sus formadores y superiores dejó este camino el 24 de junio de 1968. No obstante, la vida monástica y muy especialmente la Orden de la Cartuja siempre permanecerían en su corazón como su amor primero y por eso le dedicaría en adelante la parte mayor y la más importante de sus estudios académicos.

En 1971 defendió brillantemente su tesis doctoral en Historia Medieval en la Universidad de Salzburgo, tratando sobre los documentos más antiguos de la legislación canónica cartujana, y en 1981 defendería su "tesis de habilitación" en Literatura Inglesa, en esta ocasión acerca de Robert Browning y el teatro de época victoriana.

Estando enfermo en un hospital de Berlín, conoció allí a la que sería su esposa, Ingeborg, farmacéutica prusiana que trabajaba entonces en ese establecimiento sanitario. Con ella se casaría y del matrimonio nacería un único hijo, J. Nikolaus, quien años más tarde contraería matrimonio con Ursula y ambos darían como nietos para James e Ingeborg a Bernadette y Benjamin.

James e Ingeborg se asentaron en Fraham, una colonia urbanizada del hermoso pueblecito austríaco de Seeham, situado en un precioso lago a unos 15 km. al norte de Salzburgo. Ingeborg estableció una farmacia en una cercana localidad del sur de Alemania y James fue profesor del Departamento de Estudios Ingleses y Americanos ("Institut für Anglistik und Amerikanistik") en la Universidad de Salzburgo desde 1971 hasta 1996. Allí dio origen a una importante colección de publicaciones de obras y estudios de Literatura Inglesa (*Salzburg Studies in English Literature*, entre 1971 y 1998, con más de 550 volúmenes). Además, entre 1994 y el año 2000 fue coeditor de la revista *The Poet's Voice*, pues una de sus iniciativas más importantes fue siempre la de sacar a la luz la obra de los poetas de lengua inglesa. Sus estudios particulares (libros y artículos de su autoría) sobre literatura inglesa superan los 400 y han tratado fundamentalmente sobre obras de época isabelina, poesía romántica, drama de la Restauración y literatura británica contemporánea.

Por otra parte, en 1970 creó la ingente colección *Analecta Cartusiana*, que pervive a día de hoy, dedicada a los estudios cartujanos y abierta a tratar también otros temas monásticos. Esta colección y su especialización en la temática de la Orden de la Cartuja y la promoción de congresos y estudios sobre ella fue lo que le dio mayor fama internacional. En 1996 se jubiló, aunque continuó yendo a la Universidad con una frecuencia al menos semanal, sobre todo porque en ella se mantuvo la sede de *Analecta Cartusiana*. Para la perpetuidad de ésta, asoció a los franceses Alain Girard y Daniel Le Blévec, discípulo éste del importante medievalista Georges Duby. Importante proyecto

cumplido fue la publicación del *Monasticon Cartusiense*, en el que tuve el honor de colaborar siendo ya monje benedictino. Semejante proyecto tuvo de un *Monasticon Camaldulense* de los yermos de la Congregación de Monte Corona, el cual, sin embargo, no ha podido realizarse de momento.

Si importante fue la edición de *Analecta Cartusiana*, no lo fue menos, según se ha apuntado, la promoción de los congresos de temática cartujana, en los que consiguió poner en contacto a investigadores principalmente de Austria, Alemania, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Italia, Polonia, Portugal, Reino Unido y Suiza. No todos los organizaba él, pero cuando alguien o alguna institución deseaban poner uno en marcha, siempre se acudía a él para pedir su apoyo y su asesoramiento. Estos congresos han sido el lugar de encuentro de los especialistas en la Orden de la Cartuja y en general también en otros temas monásticos y desde perspectivas diversas como la Historia, la Arqueología, el Arte, la Literatura, la Teología y la Liturgia, entre otras. James Hogg fue así, de alguna manera, el padre de los estudios cartujanos contemporáneos y el padre de varias generaciones de personas dedicadas a ellos.

Por eso, fue justo el reconocimiento recibido en varias naciones europeas. Por una parte, el Gobierno austríaco colaboró durante mucho tiempo a la publicación de los volúmenes de *Analecta Cartusiana*. Además, el Estado Federal de la Baja Austria le concedió en 2006 una medalla de oro, así como otra el Obispado de St. Pölten. Ese mismo año, en nombre del Presidente de la República Francesa, el Coronel Jean Mornard le impuso la medalla como "Caballero de la Orden Nacional de la Legión de Honor", recordando, entre otros aspectos, su colaboración con el Instituto Católico de París. También en ese año se promovió la publicación de un homenaje a él titulado *Liber Amicorum James Hogg*. En 2007, la Reina de Inglaterra reconoció sus grandes servicios a la investigación académica. En 2009, la Santa Sede lo nombró "Caballero de la Orden de San Silvestre".

James Hogg era un hombre al que se puede calificar como bueno, sin posibilidad de errar. Tenía un corazón bondadoso y generoso, que se traslucía en el gesto de su cara, sonriente y entrañable. Buscaba ayudar a los demás y se volcaba muy especialmente en aquellos que se dedicaban a los estudios de literatura inglesa y, quizá aún más si cabe, o al menos es en el ámbito donde lo conocí más directamente, los que estudiaban temas cartujanos. Procuraba por todos los medios publicar sus trabajos en *Analecta Cartusiana*: todo eran facilidades. Y también les ponía en relación con otros investigadores, tanto en el propio país de origen de la persona, como en otras naciones. Tenía el deseo de que todos se conocieran entre sí y se enriquecieran intelectual y humanamente al tratarse. Ése fue el buen ambiente familiar con el que supo impregnar los congresos de estudios cartujanos, en los cuales surgían amistades profundas entre personas de diferentes países.

Por eso, resultó muy doloroso para él, como también para todos los muchos que le queríamos de verdad, cuando un pequeño grupo suizo-alemán generó una escisión en el congreso celebrado en la antigua cartuja de Aggsbach (Austria) en el año 2000. Las ambiciones humanas y el desagradecimiento no pudieron faltar en la experiencia vital de este hombre que sólo buscaba el bien de los demás y que ya lo había sufrido en la misma Universidad de Salzburgo con algunas personas: ciertamente, en el ámbito académico se dan por desgracia estas situaciones con relativa frecuencia. No obstante, James Hogg lo vio compensado, en aquel mismo congreso de Aggsbach, al ver la fidelidad, la lealtad y el afecto de la gran mayoría de los participantes en el congreso, que no aceptamos las oscuras pretensiones de ese grupúsculo y nos mantuvimos a su lado y así hemos continuado en los años siguientes.

La bondad de su carácter iba de la mano de su sencillez y humildad. Era un hombre afable y de un trato cercano, con sentido del humor, a veces un tanto británico y a veces ya cosmopolita, dado todo su periplo vital. Siendo la cabeza y el corazón del mundo de los estudios cartujanos, no buscaba jamás la relevancia y los primeros puestos: bien al contrario, en los congresos se le veía sentado en una esquina de la última fila, como si fuera el último en incorporarse y el que menos supiera. Si se le rendía un merecido homenaje, lo recibía con naturalidad y sin alarde alguno.

Todo ello explica asimismo su hospitalidad. Procuraba facilitar la acogida de los que llegaban nuevos a un congreso. Y él mismo nos mostró a muchos su carácter hospitalario invitándonos durante varios días a su casa de Freeham - Seeham, participando de su sencilla vida familiar con su esposa Ingeborg, y con su hijo Nikolaus y la nuera y los nietos si llegaban… ¡y con sus diez loros! De éstos habrá que decir algo después.

En su casa estuve solo con el matrimonio (y los loros) durante varios días antes y después de aquel congreso en Aggsbach, y allí coincidí después, porque también fueron invitados por él, con el sacerdote anglicano Dr. John Clark y con Lucia Andreini y su esposo Andrea. Su casa se hacía internacional y compartíamos tertulias amistosas sobre la Cartuja y sobre mil temas más. Por su casa, en otras ocasiones, pasaron muchos invitados más, porque era, como digo, un hombre acogedor y hospitalario, e igualmente lo era Ingeborg, por supuesto.

En estos congresos, gracias a los auspicios del Dr. Hogg, pude conocer y trabar una entrañable amistad con investigadores de temas cartujanos como los profesores de Arte Elena Barlés (Universidad de Zaragoza) y su esposo Ignacio Calvo (Institución Fernando el Católico), y con el también profesor de Arte Giovanni Leoncini (Universidad de Florencia) y su esposa Giovanna; o con el fallecido Michel Carlat y el ya citado Rvdo. John Clark. O con Julia López Campuzano y Juan Mayo, Concepción Bauzá de Mirabó, Silvio Chiaberto, Francesco y Aldo Palleschi, Lidia Cangemi, Rafał Witkowski, Joseph Gribbin (quien luego también abrazó la vida religiosa y el sacerdocio) y otros cuya lista sería largo enumerar. También le agradezco el haberme puesto en relación con la Dra. Nathalie Nabert, Profesora y Decana en su momento de la "Faculté des Lettres" del "Institut Catholique de Paris", para la participación en un congreso en París en 2001 al que pude asistir y para la preparación en un *Dictionnaire de Spiritualité Cartusienne*, el cual lamentablemente ha quedado sólo en proyecto por la escasa respuesta de otros colaboradores.

Al hablar de los loros, sin duda se revela una parte de la personalidad del Dr. Hogg, incluso la que pueda resultar más curiosa. Tenía una afición especial por estos animales, cuyas características y estilo de vida conoció muy bien. Era llamativo, por supuesto, llegar a su casa y escuchar el sonido de los papagayos: sobre todo, cuando llegaba él, le saludaban con auténtico estruendo, y muy especialmente si había faltado al hogar durante varios días. Inmediatamente iba a saludar a todos y al invitado le decía el nombre de cada uno. Sólo a uno o dos había enseñado a hablar algo, porque decía que era muy trabajoso y se necesitaba de mucho tiempo y dedicación para ello. Pero su "hija" predilecta era Paula, su "secretaria". Es la que suele aparecer en tantas fotos de James Hogg sobre su hombro derecho, como ciertamente solía estar en su casa. Tenía su lado simpático también cuando las cartas las escribía "firmándolas" Paula y hablando de él como "mi padre". Quizá por ese estilo un tanto tropical o caribeño, llamaban la atención muchas de las coloridas camisas y corbatas que usaba y que parecían otro toque singular y simpático de James Hogg.



Personalmente, también le estoy agradecido por haber publicado en *Analecta Cartusiana* mi tesina o memoria de licenciatura sobre la cartuja vallisoletana de Aniago y mi tesis doctoral sobre los cartujos en la España de los siglos XV y XVI, amén de otros libros acerca de los cartujos en Andalucía en los siglos XV y XVI (en colaboración con mi hermana Margarita), la edición de las *Contemplaciones del Rosario de Nuestra Señora historiadas* de Dom Gaspar Gorricio de Novara (edición preparada con Almudena Torrego), los dos volúmenes en que recogí todos mis artículos de temas monásticos hasta 2011 y una pequeña monografía sobre el yermo camaldulense de Herrera en España.

Conocía desde casi el principio que mis inquietudes monásticas no sólo se referían al plano intelectual y académico, sino también y aún más al vocacional, del cual precisamente nacía mi interés por estudiar e investigar la Cartuja y las otras órdenes monacales. Tuve confianza siempre con él para hablar de estos temas y recibir sus consejos, siempre respetuosos hacia mi libre decisión personal. Y cuando decidí abrazar la vida benedictina, lo apoyó y me animó.

Una vez en el monasterio, me visitó dos veces. La primera, siendo yo novicio y de la que conservo dos fotos, vino con su hijo Nikolaus en un viaje con motivo de un congreso cartujano en España. La segunda, vino él solo y permaneció unos días en nuestra hospedería interna. Pudimos así tener muchos momentos para volver a conversar amigablemente. Se ganó la simpatía de los monjes, quienes de hecho le estaban agradecidos, porque desde que entré, comenzó a enviar todos los libros de *Analecta Cartusiana* que se iban publicando, además de aquellos más antiguos de los que tenía ejemplares sobrantes. Por eso, James Hogg pasa a la historia de nuestra

Abadía como uno de sus bienhechores, en concreto con relación a la biblioteca, pues contamos en ella y gracias a él, desde hace años, con toda una sección especial.



Fallecidos mis padres en cuestión de año y medio (mi padre el 29 de octubre de 2017 y mi madre el 14 de abril de 2019), me viene el recuerdo asimismo de la estancia de James Hogg en mi casa familiar de la sierra en julio del año 2001. Mis padres Jesús y Margarita y mi hermano Enrique, sumamente agradecidos a él por todo lo que había venido haciendo por mí hasta la fecha, compartieron con él esos días y le tomaron un profundo cariño, viendo lo bondadoso y generoso que era y lo que me quería personalmente. Un afecto que era mutuo de mí hacia él y que siempre permanecerá.

Que Dios, la Bondad suprema (así se extasiaba San Bruno ante Él: *O Bonitas!*), a quien buscó intensamente durante toda su vida y de un modo especial en sus años cartujanos, y a quien quiso servir haciendo un bien a la Iglesia a través de *Analecta Cartusiana* y de los congresos y actividades que promovió, le haya concedido el premio eterno junto a Él y le permita contemplarlo por los siglos de los siglos.

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.
Prior Administrador de la
Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos